

3-1301
EL HADO DE CANALEJAS. / "La Nación", Buenos Aires
(República Argentina), 28 diciembre 1912/

EL HADO DE CANALEJAS

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1912.

El asesinato de Canalejas pareció conmover por un momento a la opinión española, pero fué, bien se ve hoy, una conmoción pasajera, un estupor borrado pronto. A los pocos días, al día siguiente más bien de su entierro, procurábase hacer de él arma política para absurdas y mal intencionadas represiones.

Del matador hay poco, muy poco que decir. Ha sido uno más de esos exaltados, casi siempre solitarios y taciturnos, monomaniacos que ha habido en todas épocas y países y en todos ellos seguirá habiendo y cuya monomanía toma una u otra dirección teórica y práctica según el ambiente. Este en la Edad Media habría sido cruzado, o fraile o beguino, o valdense, o iluminado de cualquier especie. Lela libros de astronomía y soñaba acaso en el triunfo de la justicia y de la ciencia. Querría también, como Angiolillo, el matador de Cánovas, cambiar con un solo acto el curso de la historia de España. Su psicología ha de ser la de todos los regicidas y matadores de personajes políticos. Y no es esta la ocasión de que me detenga a comentar la enfermedad o locura del anarquismo, mezcla de violentas pasiones reconcentradas y de singular simplicidad y candor intelectuales. Porque no hay acaso inteligencias más simples, más cándidas, más crédulas, que la inteligencia del anarquista. Suele ser el colmo de la simplicidad y la vulgaridad mentales.

Del asesinado habría mucho que decir y algo de esto mucho se podrá decir un día. Don José Canalejas, de quien fui amigo, era un espíritu más brillante que sólido, con una cultura más de libros que de vida, pero aún esa cultura de libros lo era de los manuales de vulgarización a base de positivismo, que tantos estragos han hecho en la segunda mitad del pasado siglo.

Le conocí al llegar yo a empezar mi carrera, a Madrid, hace ya más de treinta años, explicando, como auxiliar, la cátedra de literatura latina y creo poder afirmar que no era un latinista ni mucho menos. Ni hacía falta serlo para la manera como entonces se explicaba la literatura latina a los alumnos del preparatorio de derecho (!!!) Hizo luego dos oposiciones a cátedras de literatura española, llevó muy a mal en una de éstas que no se le diera la plaza hasta el punto de retar a controversia pública al que la obtuvo y dejando de optar el profesorado se dedicó a la política luego.

En la política se distinguió por una ambición impaciente y una gran volubilidad de opiniones, creo que siendo sincero en cada una de sus diversas evoluciones. Hubo un tiempo en que se dedicó a asuntos militares y aspiraba a ser ministro civil de guerra, emulando a Freycinet



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SUALES



y reformar el ejército. En otra época estuvo en tratos con obispos y magnates de la Iglesia para formar el gran partido católico «nacional», no sin cierto matiz nacionalista o si se quiere regalista y opuesto al ultramontanismo romano. En su más reciente época de anticlericalismo se le ha recordado aquella obra y, sin embargo, no fué lo uno opuesto a lo otro y acaso el camino que había intentado tomar primero conducía mejor que el último al punto que quería alcanzar. Pero se encontró solo; los católicos liberales españoles no le ayudaron.

Levantó luego la bandera de las reformas económico-sociales y empezó a predicar contra los latifundios, contra la concentración de la propiedad territorial en unas pocas manos, una especie de socialismo de estado, queriendo atraer con ello a la monarquía a los elementos de la izquierda, a los republicanos y socialistas. Formó el partido liberal democrático, y casi solo, eterno disidente, atravesó un desierto.

Llegó al fin al poder, pero no llegó con partido propio, sino como jefe de una fracción, para ver si lograba consolidar el maltrocho y desvenenado partido liberal español, que en rigor de verdad no existe. Y no existe porque carece de contenido doctrinal, pues el que tenía lo agotó realizándolo y llevándolo a la práctica. Sagasta. Y es este hecho lamentable el hecho de que no haya en España verdadero partido liberal democrático, es más, que no haya un verdadero liberalismo, es esto la principal causa del asesinato de Canalejas.

El partido liberal español agotó la medida de las libertades políticas que la conciencia de nuestro pueblo consiente

y aun creo que la colmó y sobrepasó. Hoy en España se goza de todas las libertades políticas que la conciencia general del pueblo español exige, y aun hay más libertades que en otros pueblos que por libres pasan. Y todo lo que en contrario dicen los radicales son puro embuste.

Pero la libertad política significa poco y vale menos sin la libertad, o más bien la justicia económica, y en punto a medidas de orden económico-social que acaben con los privilegios de los ricos y limiten el bárbaro derecho ilimitado de los felices poseedores de riqueza el «lus utendi et abutendi», en esto nos encontramos muy atrasados todavía. ¿De qué le sirve al pobre el derecho de sufragio universal si tiene que dar su voto al amo con amenaza de despedida o tiene que venderse al rico para que luego impidan que se legisle a su favor?

Esta parte de Castilla en que vivo se está despoblando y los pobres labriegos que a centenares, a millares, embarcan para esa América de promisión y de ilusiones, para muchos de ellos de desencantos, no es que se van; es que los echan. Y los echan para evitar la baja de las rentas, para meter en su lugar bueyes, certeros o cerdos, para retrogradar a la ganadería y salvar así el monopolio de la tierra. El problema es técnico y muy complejo pero creo poder asegurar por lo que de él sé y he estudiado—en libros y en la realidad de lo que veo y oigo a





unos y a otros—que el interés social o nacional está en contraposición con el de esos señores, duques, marqueses o condes muchos de ellos, que despueblan esta tierra para poder mantener altas sus rentas. Mas de esto os hablaré otra vez.

Y tal estado de cosas reflejándose en los órdenes todos de la vida social, en las ciudades a donde también vienen los expulsados del campo, crea una diátesis morbosa, una verdadera neurastenia colectiva, de donde brotan los exaltados anarquistas. Muchas veces me he lamentado contra los que salen de esta su patria a denigrarla y calumniarla propagando embustes y patrañas, pero ¿es de extrañar que maldiga de España y la calumnie el pobre campesino que apenas conociéndola, si no por el administrador de su amo y por el agente del fisco, tiene al cabo que emigrar porque la cortinita que labraba hace falta para el parto de las vacas de un ventero que puede pagar más renta y es más solvente?

Aquí, en España, hacía falta una especie de Lloyd George, un hombre intrépido que reformara el sistema contributivo, que hiciese contribuir a los terrenos no por lo que producen sino por lo que bien cultivados podrían producir, que impidiese pueda un propietario hacer desaparecer municipios enteros, que limitase las condiciones de los bárbaros contratos de arrendamientos que por aquí se hacen, que interviniese en la manera cómo los riquillos de los pueblos disponen de los pocos bienes comunales que a éstos les quedan, un intervencionista, en fin, que hiciese entender a los grandes terratenientes que no es lícito hagan de sus latifundios lo que quieran y cómo quieran. Y que obligase a la vez a esos grandes terratenientes, señorones de siete automóviles acaso y con la inteligencia en barbecho, a que pusiesen ésta en cultivo al tener que reducir a tres o a dos los siete automóviles esos. Y acaso se encontrara entre ellos quien prefiriese veinte mil duros de renta sin tener nada que hacer ni que devanarse los sesos, a tener treinta o cuarenta teniendo que discurrir para ganarlos.

Eso hacía falta en España, eso es lo que hace falta, y eso pudo haber sido Canalejas. Pudo y quiso haberlo sido. ¿Por qué no lo fué? Por falta de quienes sostuviesen su voluntad siempre vacilante y que últimamente se gastara todas en mantenerse en el poder, por falta de quienes le alentasen enfrenando su volubilidad, quienes le dieran fe en su obra. De haber tenido auxiliares y consejeros, de haber contado con un estado de opinión fuerte que le apoyase, habría podido hacer mucho. Pero... «¡si estoy sólo, amigo Unamuno, si estoy sólo!»—me decía la última vez que le vi y hablé con él, en su propia casa, poco después de haber subido al poder.

Y es que yo le argüía cuanto hay que hacer, le hablaba del pavoroso problema agrario, de la egoísta brutalidad de nuestros grandes terratenientes, de cómo en España los verdaderos anarquistas son los oligarcas y millonarios, y le decía que poco puede esperarse de un parlamento



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO:USAL-ES



compuesto en su casi totalidad de ricos, que son los menos malos, de criados de ricos que son peores que ellos, y de abogados de ricos que son rematadamente malos. Porque el obstáculo a sus planes de un tiempo no lo había de encontrar en la más alta esfera, en Palacio, no, sino

en el parlamento, entre los suyos, entre los de su partido, en la oligarquía burguesa sedicente liberal. ¡Política anticlerical, pase! ¡pero limitar sus prerrogativas económicas? ¡Eso nunca!

Y lo han matado también los republicanos españoles, estos nuestros republicanos fósiles. ¡Y no por las campañas que contra él hayan hecho llamándole traidor a la democracia, no! ¡No por haber predicado las vías de violencia, no! No hay que ser injusto. Le han matado, es decir, han hecho que el estado social llegue a punto que un crimen así, tan estúpido, tan absurdo, tan inútil, tan contraproducente a los efectos que su desgraciado autor acaso se proponía, sea posible por haberlo dejado solo, por no haberle apoyado, por haberle distraído del problema capital con esos otros pseudo problemas que nuestros fósiles republicanos y los profesionales del revolucionarismo siguen agitando. Y así es como se fue va la masa del pueblo.

Ha tenido mucha culpa de eso el monstruoso hibridismo de la conjunción republicano-socialista, hecha nomás que para apresurar la revolución—¡la revolución!—ese fantasma vacío del contenido doctrinal. Si esa revolución se hiciera a beneficio de nuestros republicanos históricos y fósiles, burgueses tan aburguesados como los conservadores, tenderos, maestros de obras, taberneros, pequeños rentistas, etc., etc., los socialistas se llamarían a engaño luego, y si se hiciera a beneficio del socialismo habría que oír a esa pequeña clase media republicana que odia al «mencur» de huelgas tanto o más que al cura.

Porque esa plataforma del anticlericalismo o más bien anticatolicismo—y aun anticristianismo e irreligiosidad—de nuestros radicales, no suele ser más que un medio de desviar la atención del pueblo del problema para éste más vital y más urgente, del problema económico-social. Conozco un viejo republicano fósil, de los del individualismo del año 88, radical y revolucionario que ha llegado a decir que prefiere un pueblo que viva trabajosa y mezquinamente, luchando con la indigencia económica, pero sin espantajo—así dice él—de la otra vida, a no un pueblo que viva en cierta abundancia y un equitativo reparto de riquezas, limitado el abuso de la propiedad privada de los medios de producción, pero con el temor de la muerte y la preocupación de ultratumba. Y esto presenta en caricatura y aberración un fondo de pensamiento muy común aquí, cual es el del jacobinismo individualista, propio de agiotistas librepensadores.

¿Para qué ha servido esa ridícula campaña pro Ferrer si no para desviar la atención del gran problema, del problema urgente? Con razón nuestros socialistas no simpatizaron nunca con Ferrer, porque sabían bien que aquel pobre monomaniaco



no le preocupó nunca el bienestar de las clases menesterosas y que estuvo siempre que urgía más quitarles Dios de la cabeza y del corazón que calentarles el estómago y asegurarles el sustento.

Y ahora viene la reacción conservadora, falta de todo ideal también y para la que sólo se trata del orden—de un orden a beneficio del monopolio y del privilegio y del abuso legalizado—y habla de represión y de robustecer el principio de autoridad y de cirugía. Cirugía, sí; extirpar diviesos más como a la vez no se depura la sangre del organismo social brotarán diviesos nuevos. Porque de nada sirve perseguir a los criminales ?y ?buscar ?a los inductores ?del crimen y amordazar a los que predicen violencia mientras se consiente un estado de cosas tal que unos cuantos señores puedan despoblar la patria, impedir el alza de los salarios y lancen a la desesperación y acaso al crimen a los que en un régimen de limitación de la propiedad quiritaria abusiva y de justicia en la repartición de los impuestos serían ciudadanos viriles y acatadores de la ley.

Y ?aun hay más y es que en el más honrado, en el más sano, en el más humano sentido los verdaderos conservadores aquí son los pobres y no esos ricachos que constituyen el núcleo y la fuerza del partido conservador español, que no es sino oligarquía plutocrática. Y el mal no se arregla con expedientes puramente administrativos, con leyes de administración local, que fragüe cualquier rábula de bufeto.

Tal es el cúmulo de cuestiones que en nuestro espíritu suscita la consideración del trágico fin del pobre don José Canalejas, de aquel hombre confiado, sencillo, bien intencionado, afable, amante de verdad del pueblo, pero inconstante, voluble, brillante más que sólido, y que sobre todo se encontró solo, enteramente solo, sin partido propio, sin opinión liberal, con la plutocracia conservadora y pseudo-liberal en frente, con la burguesía republicana enfrente también.

Y ahora volvamos a discutir una vez más si Ferrer estuvo mal o bien fusilado y que siga despoblándose España.

MIGUEL DE UNAMUNO.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO-SUALES